

Miró a su alrededor con curiosidad al percibir un ruido, pero no vio a nadie por los alrededores aunque el pesado humo del incienso le enturbiaba levemente la visión. Estaba solo, acompañado únicamente por el viento que gemía constantemente entre las grandes tumbas de piedra, entonando canciones sobrecogedoras y mustias que helaban la sangre y pudrían el corazón. “Extraño sería que alguien se aventurase a entrar en el cementerio a medianoche”, se dijo. No había nadie en las calles, la noche era demasiado fría. Además, se había asegurado de que el gran portón de acero estuviese cerrado. Y ella estaba allí. Había conseguido hacerla llegar hasta un pequeño claro rodeado de altos y tenebrosos cipreses... sus árboles favoritos... cuando se descomponían, claro.

Contempló el cielo nublado y sonrió a la pálida luna llena con una malicia tal que debía manar de su persona a borbotones, pero pronto desvió su atención del gran astro. Ahora estaba seguro de que todo saldría bien. Aspiró una profunda bocanada de aire y apreció con alegría el olor a ceta derretida y flores secas que inundaba el ambiente. Pura ambrosía. Bajó la vista hacia su regazo y observó con adoración el antiquísimo objeto que tenía entre las manos... Un involuntario estremecimiento de placer le recorrió la columna, intenso, lujurioso, impuro.

La impaciencia y el deseo pudieron con él y antes de ser consciente de lo que hacía profirió un atroz rugido, alzó la daga con destreza y se la hundió profundamente en el corazón. Su mano no titubeó un momento, ni siquiera cuando necesitó presionar contra la carne con fuerza para rasgar los músculos y seccionar las venas, atravesar la barrera de costillas y alcanzar el potente órgano que bombeaba sangre, para pararlo de una vez y por todas. Su pétreo rostro no mostró la más mínima emoción mientras escuchaba los terribles aullidos de su joven presa, que se debatía cada vez con menos ímpetu bajo sus potentes brazos.

-¡Quédate quieta, zorra! –masculló acercando su boca a los labios de ella, sus ojos revelando el perverso goce que sentía.

La muchacha escupió sangre por la boca y abrió desmesuradamente los ojos, asombrada, incrédula, despavorida. ¡No! Era demasiado joven para morir, pensaba con desesperación. Demasiado joven, demasiado joven, demasiado... Se miró el pecho e intentó gritar al verse insertada contra la dura tierra por aquel largo y afilado instrumento, pero únicamente pudo proferir un gemido inconexo. ¿Qué...? Dios... Su cabeza empezó a dar vueltas mientras aquella gigantesca sombra seguía encima de ella sin moverse, totalmente ajena a su sufrimiento. Quiso golpearle, insultarle, matarle, arrastrarlo con ella al infierno si era necesario, pero las fuerzas se le iban con el menor movimiento. Intentó agitar las piernas pero no pudo, le había bajado la ropa hasta las rodillas, aún sentía el peso de aquella bestia sobre sus caderas, estaba sentado sobre ella y la miraba. Hasta sus maltrechos oídos llegó una risa violenta, pero por más que lo intentó no supo si la había proferido él, ya que ni la más ligera vibración se mostró en su descomunal cuerpo.

El dolor se apoderaba poco a poco de todo su ser, y ella sabía que pronto acabaría todo, por lo que se vio intentando distinguir las oscurecidas facciones de aquel que le arrebatava el aliento de forma tan bárbara, pero sólo consiguió que éste enterrase todavía más hondo la hoja en su pecho desnudo.

-¡Te he dicho que te quedes quieta!

La mano que había alzado con el fin de descubrirle el rostro se congeló en el aire y un ramalazo de dolor más agudo que los anteriores se adueñó de su pecho al notar el frío cuchillo rasgándole la carne de la espalda, atravesándola por completo. Todos los recuerdos que atesoraba en lo más hondo de su corazón corrieron raudos ahora ante su mirada acuosa, como queriendo huir de aquellas gélidas garras que lanzaba tras ellos la

muerte. Una muerte negra y alada. ¿Tendría guadaña? Desvariaba... Ante su embotada mente se deslizaron las imágenes de su vida, sus padres, su hermana menor, su novio, el instituto en el que estudiaba, las risas, las lágrimas, los seres perdidos... Apenas sentía ya el dolor. Sólo frío, un frío helado... Un asqueroso y gordo gusano se removió junto a sus dedos. La muchacha gritó y clavó con saña las uñas en el brazo del hombre, ADN bajo sus manos. “Hijo de puta, descubrirán quién eres”, pensaba “¿de veras crees que puedes hacerme esto!”, pero él no se movía. Amargas lágrimas resbalaron por sus mejillas. Gimió al sentir la sangre resbalar sobre su costado. ¡No, Dios mío, no! Intentó descubrir por qué motivo había salido de casa aquella noche, vestida de fiesta, en vez de quedarse a ver la televisión como siempre ¡maldita estúpida!; recordar qué fiesta era aquella a la que ya no llegaría y a la que estaba invitada; cuándo descubrirían sus amigos lo que le estaba ocurriendo... y las esperanzas de que interrumpieran aquel horrendo crimen y se la llevasen de nuevo a un lugar seguro sucumbieron en el acto.

No saldría de allí con vida.

Lo sabía.

Con las últimas fuerzas que le quedaban se debatió bajo aquella gran masa de músculos ocultos por la noche, y supo que aquel odioso ser era un hombre, supo que era un hombre quien tan ferozmente había corrido tras ella momentos antes, empujándola sin saberlo hasta aquella depresión rodeada de árboles, arrojándola hasta un callejón sin salida que resultó ser su perdición. Ella simplemente se dirigía a casa de una amiga. Caminaba como siempre por la calle lateral del mercado, al atardecer, sin miedo y sin que hubiese motivos para tenerlo. Y entonces aquella gélida ráfaga de viento helado se había instalado en su pecho, ahogándola. Había inspirado hondamente, intentando buscarle una explicación a tan increíble suceso, pero un agrio presentimiento empezó a adueñarse de sus pensamientos. ¿Qué estaba ocurriendo?, se preguntaba una y otra vez,

increpándose a sí misma por su estupidez y anhelando recobrar el control de sus emociones. “Ni que aún temiese al hombre del saco”, mascullaba echando rápidas ojeadas a su espalda. Había querido seguir andando bajo la luz anaranjada de aquellas enhiestas farolas, llegar donde Diana y recobrar la cordura, pero algo se lo impidió. Un miedo frío, ilógico... letal. Y fue en aquel momento cuando una gigantesca sombra negra había oscurecido el resplandor de la luna llena y había lanzado un grito espeluznante, medio animal medio humano, que le arrebató el aliento y la dejó petrificada, impidiéndole moverse. Irguió la vista al cielo e incrédula, siguió con los ojos la danza de unas monstruosas alas negras que se batían con estruendo sobre su cabeza. Comenzó a llorar.

En sus oídos resonaron un sinfín de viejas historias de muertos andantes, cuentos de viejas que tanta gracia le hacían a la luz del día, y se sintió desfallecer. Engendros, asesinos, vampiros... Todas aquellas fábulas ilusorias habían cobrado vida de repente y se mostraban en todo su perverso resplandor ante ella. La bestia alada se agitó en el aire, de espaldas a la luna llena y volvió a lanzar aquel infrahumano chillido que amenazaba con hacerle estallar los tímpanos... pero la muchacha no esperó un minuto más para ver qué ocurría. Se lanzó a la carrera poniendo todas sus fuerzas en cada zancada, muerta de miedo y atenazada por la incredulidad y la incompreensión, intentando juzgarse presa de una broma de mal gusto y anhelando estar soñando en su cama de roble oscuro, bajo la dulce protección de sus padres. “Estoy en casa, me ha afectado la última novela de Stephen King, eso es todo...”, pero seguía escuchando el batir de aquellas negras alas a su espalda. Y entonces había comenzado la alocada persecución. Aquella titánico demonio la había perseguido bramando sin cesar por una encrucijada de calles, la había empujado intencionadamente hacia aquel gran cementerio, se había arrojado sobre ella y

tras abofetearla con saña enfermiza, había hecho además de desnudarla. No conseguía verle el rostro. Era un hombre pero... ¿y las alas?

- ¿Por qué...? –susurró entrecortadamente, alzando en un increíble último esfuerzo una mano temblorosa de largas uñas nacaradas y aferrándose al borde de su capa.

-Porque ha llegado la hora del Reino de Dios –sentenció él, asiendo su mano y desprendiéndose de ella con un rápido ademán.

La muchacha abrió desmesuradamente los ojos al escuchar aquella voz que tanto se semejaba al alarido que había escuchado antes. Aquel hombre no era real, aquel hombre no podía ser real... La forma crujiente de pronunciar las palabras, el glacial acento de que eran víctimas las sílabas, el tono desgarrador que impulsaba a taparse los oídos... Había pronunciado aquella estúpida frase en voz baja, en un susurro sádico, como desvelándole un secreto precioso, pero a ella se le antojaron los aullidos más feroces y viles que había escuchado en su joven vida. En un atisbo de lucidez se dijo que moría por nada, que la mano de un loco borracho había truncado su vida y la condenaba a morir por unas oscuras e inimaginables alucinaciones. Un loco, un loco, un loco... se repitió. Y sin saber cómo logró gritárselo a él decenas de veces. Hasta que un duro bofetón la dejó aletargada y sirvió para sellarle la boca.

Los párpados comenzaron a temblarle sobre los ojos como si pesasen demasiado y quisieran cerrarse, y ella sonrió cínicamente. La sangre le burbujeaba dentro del pecho, sentía el escozor, la escuchaba derramarse oscura y espesa sobre su tersa piel. Su cuerpo la traicionaba. Su respiración se resquebrajó y su corazón dejó de latir mientras el hombre se inclinaba ligeramente sobre ella. Parecía estar estudiando con atención el momento en que la muerte se apoderaba elegantemente de su presa. Porque de forma elegante lo hizo: le tiñó el rostro de un blanco imposible y los labios de un morado

exquisito, y luego la obligó a exhalar con una lentitud espeluznante el aire contenido en sus pulmones. El postrer y máspreciado de los alientos. Entonces una última mueca de agonía deformó sus hermosas facciones, dejándola prácticamente irreconocible. Dejó de moverse y se quedó allí, nívea y magullada. Una rosa truncada.

Siguiendo un repentino impulso de enajenación que lo hizo convulsionarse con violencia, la bestia se inclinó sobre la difunta y le mordió los labios hasta que unas espesas gotas de sangre manaron de las heridas. Un beso sellando una traición. Una historia que se repite. Le acarició los pechos a la altura de la profunda herida y sonrió mientras hundía el rostro en su fresco cuello. El negro ser la contempló durante unos instantes. La larga cabellera rubia humedecida por el sudor que le caía sobre los hombros desnudos; el cuerpo sonrosado que perdía el color con rapidez; el tronco suave y ensangrentado luciendo el puñal negro con piedras rojas encajado entre los pechos; la ceñida camiseta de algodón enrollada alrededor de la cintura; los pantalones vaqueros desabrochados y raídos; las uñas moradas por el frío que había padecido durante el tiempo que estuvo tendida en la húmeda tierra; las piernas formando un ángulo demasiado abierto para parecer natural... los tiernos ojos azules yaciendo bajo el pesado velo de la muerte.

Apartó la vista un segundo, hastiado de belleza y dulzura, y sin mirar siquiera, puso ambas manos sobre el puñal y lo arrancó de cuajo, provocando un asqueroso sonido acuoso y sibilante al rasgar de nuevo el pecho quebrado de la muchacha, algo que le provocó una leve pero satisfecha sonrisa. Examinó el metal, recreándose en la macabra perfección de los violáceos riachuelos que formaba la sangre. Lamió la hoja con ferocidad, hiriéndose la lengua, mezclando ambos líquidos vitales en su boca. Sabrosa, picante, simplemente... perfecta.

Un gran temblor asoló las entrañas de la tierra. La gigantesca figura miró a su alrededor con entusiasmo creciente y estalló en feroces carcajadas al ver el cuerpo de la joven inerte a sus pies. Lo había logrado, se dijo, y una nueva y más turbulenta sacudida le hizo perder el equilibrio y caer sobre la chica. Se guardó el preciado puñal bajo la capa y besó con cinismo la frente del cadáver tendido bajo él. Gravó en su mente aquella imagen: Ella caída ante sus pies, derrotada, vencida. Y él era el autor de aquel acto. La tomó entre sus brazos y la abrazó con alegría macabra, estallando de nuevo en carcajadas. Ya nada podría estropear la victoria de aquella noche. Lo había logrado.

Los cielos se ensombrecieron de repente. La luna apagó sin previo aviso su brillo, dejando que fuese la penumbra la que reinase en la tierra en su momento de gloria suprema. Los árboles se zarandearon ruidosamente, movidos por una corriente de aire imperceptible, soltando espeluznantes gemidos de angustia y desolación mientras que el rugido atronador de una tormenta hacía restallar en el firmamento terribles rayos verdes que iluminaron el mundo con su enfermizo color. Una lluvia espesa y plomiza comenzó a caer sobre el cementerio desde el abismo tenebroso de la nada, mojando el cadáver de la muchacha y la pérfida criatura que lo alzaba, cual ofrenda mortuoria, hacia el cielo, y pronto esta lluvia se convirtió en sangre que manaba sin cesar de la herida abierta en el cielo.

Las tumbas levantadas en honor a los muertos estallaron en pedazos, y los restos de las rocas plagaron la tierra y atravesaron el aire como dardos lanzados por manos invisibles. Un aterrador rugido estalló en el firmamento, un aullido de dolor que reflejaba la amargura de una gran catástrofe, un grito que no era humano pero que tampoco pertenecía a ninguna de las bestias que salieron de las sombras aquella noche. Grandes bolas de fuego cayeron desde los abismos, haciendo volar por los aires casas enteras, prendiendo fuego a todo aquello que lograban rozar, formando grandes cráteres

allí donde caían... Mientras, más gritos sucedieron al anterior allá en las alturas, hasta que un pavoroso coro celestial lanzó al aire sus agónicos lamentos, sus sollozos y su inevitable dolor, haciendo rugir una vez más el alma de la tierra, que se estremecía ante tal cataclismo.

El hombre se tapó los oídos con disgusto y entonó un cántico a media voz. De inmediato grotescas risas comenzaron a surgir entre la maleza, tras los árboles, en el aire, alrededor de las tumbas abiertas, en todas partes y en ninguna. Decenas de tétricas figurillas comenzaron a deslizarse alrededor de la obscena pareja, los espectros se irguieron sin miedo bajo el cielo verde, dando la bienvenida a la sangre y al nuevo despertar del mundo, y la bestia invocó entonces a gritos a los espíritus de sus hermanos, acallando con su alegría los horripilantes chillidos de sufrimiento que resonaban en la bóveda celeste.

Dejó caer el cuerpo de la muchacha y se arrodilló a su lado.

- ¡Tus hijos están muriendo! –le dijo con una sonrisa. Y como para subrayar sus palabras, el coro de fantasmagóricas voces aumentó hasta hacer estallar los cristales de las vidrieras, los pequeños jarrones con flores de las tumbas, los cristales de las casas... y el pérfido ser se convulsionó en un ramalazo de dolor. Se llevó las manos a los oídos y maldijo en voz baja al notar la sangre manando de sus tímpanos. Casi había olvidado que las voces de los querubines surtían aquel efecto en los condenados del infierno. – ¡Estúpidos ángeles! –gritó, y volvió a invocar a sus hermanos, abriéndoles las puertas del averno para que se reuniesen con él y terminasen de conquistar aquel mundo tan valioso. –Sí, preciosa, ¡ha llegado la hora del Reino de Dios! –susurró cínicamente al oído de la difunta, mientras le acariciaba los rubios cabellos con los dedos manchados de sangre.

Había conseguido dar muerte a la Reina de los Inocentes, la mujer cuyo destino estaba sellado desde tiempos inmemoriales. Una magnífica zorra que casi había conseguido volverlo loco, puesto que tan difícil había sido de encontrar, se quejó él. El destino revelaba a aquella muchacha como la madre y progenitora de los Siete Arcángeles de Resurrección, seres que servirían a los cielos y protegerían al mundo entero y a todas sus criaturas del dominio del mal. La antigua profecía proclamaba que serían esos siete arcángeles los que lograrían derrocar a los Señores del Mal en una última batalla librada el día del Juicio Final, logrando hacerlo perecer por siempre. Pero si nada hacía posible el nacimiento de tales seres, nada hacía posible tal derrota.

Se quitó la capa con un ademán majestuoso y dejó al descubierto su titánico cuerpo. Se sentía fuerte y poderoso. En las cuencas vacías de sus ojos únicamente centelleaba una llama de furia y malignidad de un vivo color rojo que hubiese dejado ciego a cualquier mortal que hubiese osado mirarla fijamente. Tenía la piel de un color rojo ceniciento, como si hubiese sido mil veces quemada, y en sus manos unas potentes garras negras se alzaban en ademán de desafío hacia aquel coro de ángeles heridos que se sabía moribundo.

- Yo, Belcebú, he matado a tu Reina –aulló con voz atronadora en dirección al cielo– ¿Me oyes, Señor? –se burló– ¡ Yo la he matado!

Sonrió ante su hazaña e invocó con mayor ímpetu los nombres de los demonios que se hallaban enterrados en vida bajo tierra. No olvidó un solo nombre, ni una sola cara que no debiese rescatar de aquellas insondables profundidades de las que tan penosamente había conseguido escapar. Los hijos de Caín, todas las almas condenadas, todos los monstruos, serían al fin liberados. Por fin había llegado el momento de rebelarse contra aquel ser que se proclamaba a si mismo como padre de todos, había llegado la anhelada hora de librarse de su fútil dominio y hacerle pagar por haberlos

desterrado a tan áridas e insufribles tierras... y aquella mujer ya no supondría nunca más una amenaza para la comunidad demoníaca.

Ahora los Señores del Mal, custodiados por La Muerte, El Hambre, La Guerra y La Peste, eternos guardianes, alcanzarían el poder.

Daba comienzo La Era de las Tinieblas.

“¡Oh, si!” cavilaba, “Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo”.

El día del Juicio Final, había llegado.